

INSCRIPCION EN ESCRITURA TARTESIA (O DEL SO.)  
HALLADA EN NEVES (CASTRO VERDE, BAIXO ALENTEJO)  
Y SU CONTEXTO ARQUEOLOGICO

*María García Pereira Maia y José A. Correa \**

I

1. *Localización.*

El poblado de la edad del hierro de Neves II se localiza en el concejo de Castro Verde, distrito de Beja, Baixo Alentejo (carta militar de Portugal 1:25.000, hoja 564), y tiene las siguientes coordenadas geográficas: 37° 40' 30" N.; 7° 58' 7" O. (fig. 1). Se sitúa en el área industrial de la gran mina moderna de cobre de Neves-Corvo, con la que, no obstante, no parece tener relación de ningún tipo, dada la gran profundidad (c. 450 m.) a la que las masas metalíferas se encuentran y la inexistencia, por consiguiente, de «chapéu de ferro».

2. *Circunstancias del hallazgo de la lápida escrita.*

Iniciamos el año 1982 el levantamiento sistemático del área de prospección exclusiva de la mina de Neves-Corvo en cumplimiento de un protocolo firmado entre un equipo de la Facultad de Letras de Lisboa y la administración de la empresa minera, la cual, en

---

\* María García Pereira Maia, descubridora de la inscripción, es autora de la primera parte del artículo, así como de los dibujos y fotografías; José A. Correa es autor de la segunda parte.



Figura 1.

una actitud siempre digna de encomio, entendió así preservar y patrocinar el estudio del patrimonio cultural presente en su zona de influencia.

Así el año 1982 descubrimos la existencia de este poblado e iniciamos su excavación sistemática en la Pascua de 1983, que prosiguió durante el invierno siguiente y terminó en el verano de ese año, habiendo sido realizada su exploración total.

Durante el «decapage» en extensión efectuado a comienzos del año 1984 retiramos las dos primeras capas estratigráficas superficiales y pusimos al descubierto la tercera, constituida por un extenso manto de piedras de construcción caídas y por tierra de tapial

INSCRIPCION EN ESCRITURA TARTESIA (O DEL SO.) HALLADA EN NEVES

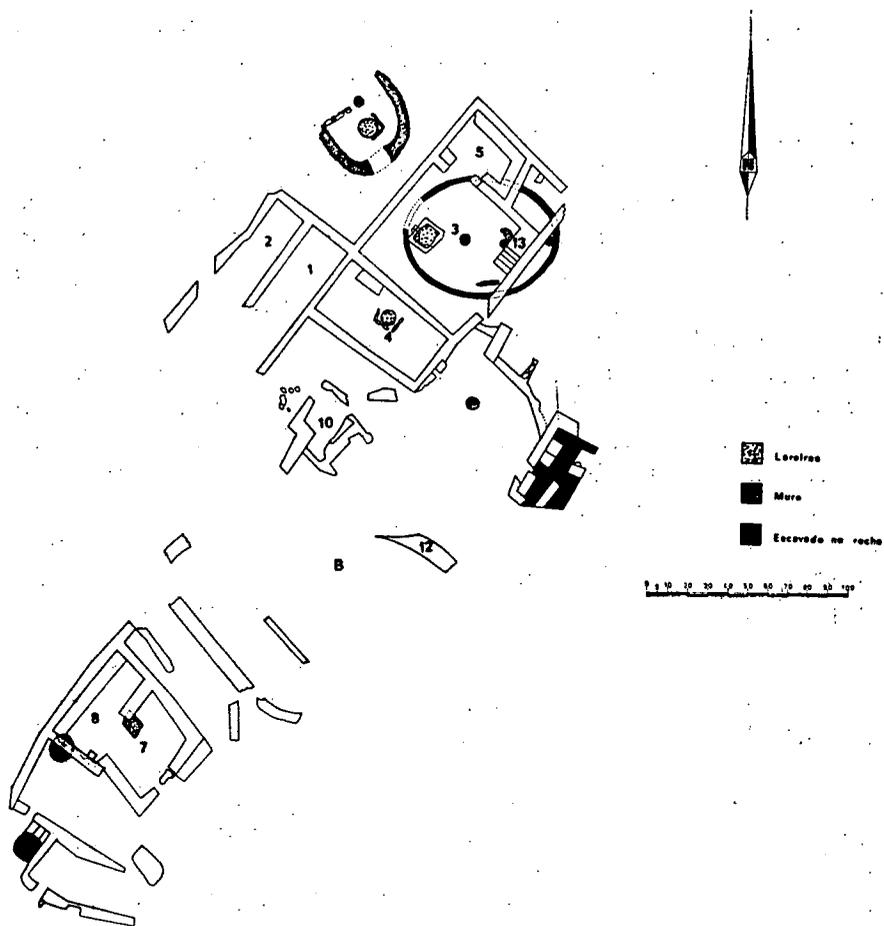


Figura 2

o adobes, donde afloraban en varios puntos materiales arqueológicos. Fue precisamente en esta tercera capa donde localizamos la placa escrita de que nos ocupamos (lám. I, 1 y fig. 12) en un compartimiento de planta rectangular estrecha y alargada (fig. 2, n.º 1). La inscripción presentaba la cara escrita vuelta hacia arriba y fue recogida junto al trozo central de la pared que constituye el límite NE. de esta sala (fig. 3).

Según veremos luego, el compartimiento en cuestión no poseía funciones domésticas o utilitarias y la forma de la lápida, una placa

de pizarra relativamente fina y rectangular, que se diferencia tanto en las dimensiones como en la morfología general de las estelas del SO. recogidas hasta ahora en contextos funerarios, así como su localización junto a la pared de fondo y equidistante de las laterales, apunta a la hipótesis de que no se trata en este caso de una estela sino de una placa destinada a ser fijada en una pared, conjuntamente a unos dos tercios de su altura. En ese caso, cuando se produjo el derrumbamiento de la pared, la inscripción pudo deslizarse a lo largo de ella, cayendo sobre los niveles preexistentes, resultantes de la disgregación del tejado y del tapial o adobe, que constituyen la parte superior de todos los muros de la estación.

No queremos dejar de subrayar nuestra convicción de que, en el caso presente, la placa escrita no fue reutilizada cuando se construyeron las paredes del poblado sino que desempeñaba en aquel compartimiento una función específica que sólo su lectura podrá esclarecer con exactitud. Las condiciones del hallazgo de la pieza hablan claramente a favor de esta interpretación y están secundadas por el hecho de que no se conocen inscripciones reaprovecha-

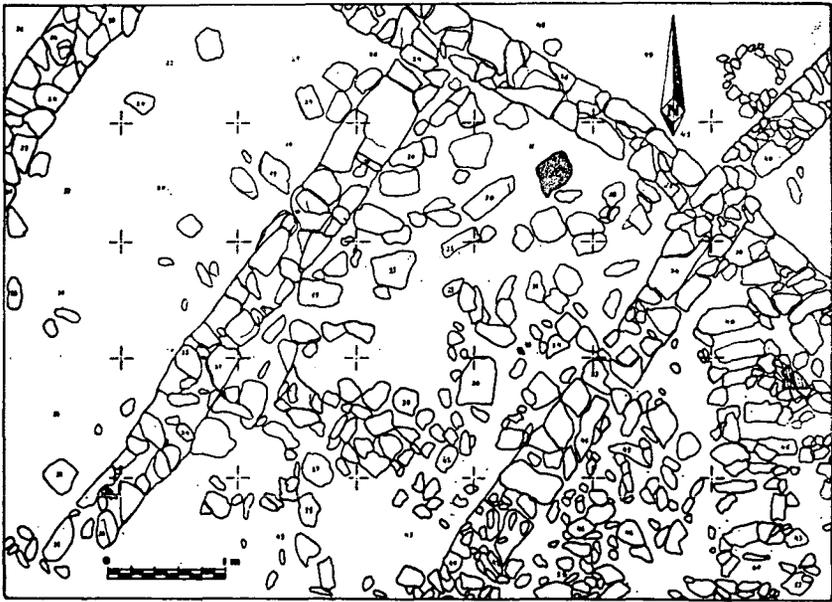


Figura 3

das fuera de necrópolis, aunque los poblados respectivos se sitúen, por regla general, en sus inmediaciones.

### 3. Características generales de la estación.

Neves II es un poblado de la edad de hierro formado por dos núcleos separados, de divisiones rectangulares que se yuxtaponen sin orden aparente (fig. 2).

De entre las estructuras del poblado distinguimos tres salas rectangulares con hogares estructurados en el centro, que identificamos como estructuras de habitación, y tres «almacenes» relacionados con ellas (fig. 2, n.º 3, 4 y 7; y n.º 5, 6 y 8).

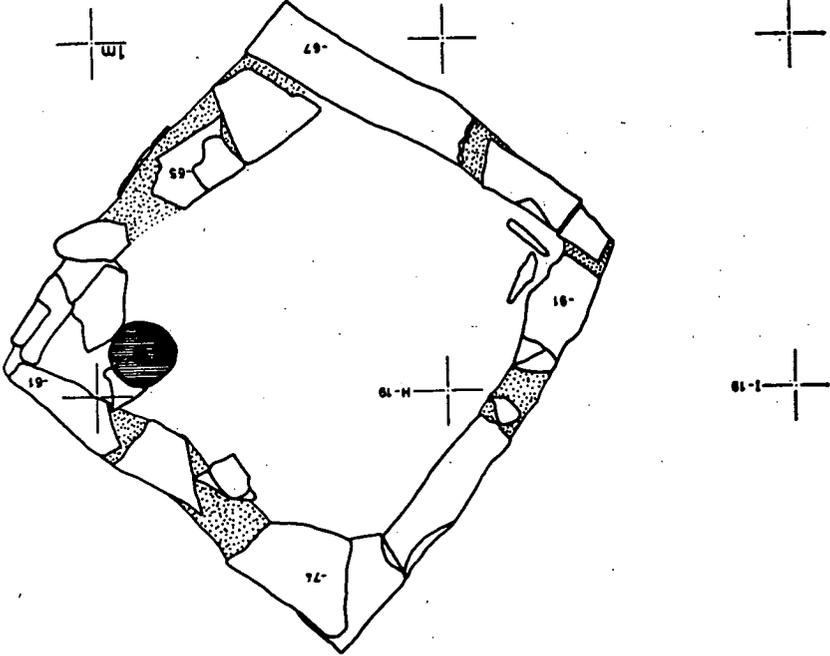


Figura 4

Los hogares están ejecutados con mucha perfección, pues su límite está constituido por una moldura de planta cuadrada o casi, en piedras grandes, y la zona del fuego tiene por base un círculo de guijarros de cuarzo aglutinados con barro, endurecido y enrojecido por la acción de las llamas (fig. 4).

Dos de las divisiones que identificamos como «almacenes» o «despensas» se relacionan directamente con las salas con hogar y se caracterizan por poseer un poyete adosado a las paredes (fig. 2, n.º 5 y 8) y junto a lo cual recogimos restos de ánforas púnicas y de grandes vasijas de manufactura local.

Otra estructura de habitación (fig. 2, n.º 4) no poseía, al parecer, almacén, sino que una estructura fronteriza a ella (fig. 2, n.º 6) constituirá, por hipótesis, su «despensa» o casi «tesoro», dado que aquí recogimos los únicos fragmentos de cerámica ática (*kylix* de tipo Cástulo) de todo el poblado. Los cimientos de esta construcción están excavados en la roca y su planta interior es compleja, con nichos y una cista hecha de piedras colocadas de canto.

Entre los dos núcleos de este poblado se sitúa una zona mucho menos densamente ocupada (fig. 2, zona B), donde sólo descubrimos la existencia de una pared bastante gruesa, en piedra seca, que no hemos podido conectar definitivamente con las fases de habitación definidas arqueológicamente (fig. 2, n.º 12). Este espacio B, escasamente ocupado, constituiría seguramente un lugar de paso común, dado que aquí recogimos dos molinos manuales y tal vez la gruesa pared n.º 12 pueda ser interpretada como una estructura relacionada con la ganadería y destinada a guardar animales domésticos<sup>1</sup>.

Una pequeña construcción de planta groseramente cuadrangular que se sitúa también en este espacio B (fig. 2, n.º 10) se relaciona con una débil ocupación romana, exclusiva de este edificio y de un camino vecinal que bordea la estación por el oeste. Según veremos luego, es posible que este camino sea coetáneo del período de vida de Neves II.

En contraste con el carácter francamente doméstico y utilitario de los compartimientos referidos existen otras dos salas rectangulares muy alargadas que se caracterizan por lo contrario de las demás: no poseen hogar ni poyetes, ni dan expolio a excepción de fragmentos de cerámica dispersos y aislados, recogidos en las capas superficiales.

Una de estas estructuras (fig. 2, n.º 1), que aprovecha la pared

1. A juzgar por los resultados obtenidos en poblados del bronce final y de la edad del hierro en Andalucía, podemos admitir que los habitantes de Neves II se dedicaron, entre otras actividades económicas primarias, a la cría de cabras, ovejas y cerdos, además de a la agricultura. Cf., por ejemplo, M. Belén, M. Fernández Miranda, J. P. Garrido, «Los orígenes de Huelva», *Huelva Arqueológica*, III, 1977 208-211.

occidental de la estructura de habitación que confina con ella (fig. 2, n.º 4), poseía pavimento de tierra batida roja, pero su fachada sudoeste desapareció, porque estaba toda ella constituida por tapial o, lo que es más probable, porque su base de piedra fue desmontada y reaprovechada durante la ocupación romana muy epistódica que hemos mencionado.

La lápida escrita proviene de este compartimiento, que, repetimos, no tiene elementos estructurales que permitan atribuirle finalidades domésticas o utilitarias, pudiendo la total ausencia de expolio en su interior ser indicativa del carácter excepcional de su función.

#### 4. Integración cultural.

Tanto la planta del poblado de Neves II y de las respectivas estructuras como la técnica de construcción utilizada, constituida por paredes de tapial o adobe sobre una base en piedra, cuya altura alcanza y excede un poco, en algunos trozos, un metro, encuentran fácilmente paralelos en poblados de los períodos orientalizante y, sobre todo, turdetano e ibérico, atendiendo a la altura relativamente elevada de los plintos de piedra<sup>2</sup> del mediodía peninsular.

Con relación a la integración de este poblado en los restantes núcleos poblacionales descubiertos hasta ahora en el Baixo Alentejo se nota una semejanza tanto en la implantación topográfica como en las dimensiones e incluso en la inexistencia de estructuras defensivas<sup>3</sup>. No obstante el expolio parece divergir, al menos en un punto circunstancial: la ausencia, en el caso de la zona de Neves-Corvo, de los conocidos «espetos» o «estoques» de bronce que parecen constituir casi un «fósil director» de los poblados de las vecinas regiones de Ourique y Almodôvar<sup>4</sup>.

2. O. Arteaga, «Las cuestiones orientalizantes en el marco protohistórico peninsular», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, n.º 2, 1977, 310. A. Blanco Freijeiro, J. M. Luzón y D. Ruiz Mata, «Panorama tartésico en Andalucía Oriental», *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona, 1969, 149 ss.

3. Desgraciadamente casi todas las estructuras de hábitat descubiertas hasta hoy en el sur de Portugal se encuentran inéditas, por lo que sólo podemos constatar cierta semejanza morfológica con una estructura del Monte Beirão (Almodôvar), cf. C. Mello Beirão, «Cinco Aspectos da Idade do Bronze e da sua Transição para a Idade do Ferro no Sul do País», *Actas das II Jornadas Arqueológicas da Associação dos Arqueólogos Portugueses*, vol. I, Lisboa, 1973, p. 203 y fig. 10.

4. C. Mello Beirão y M. Varela Gomes, *A Idade do Ferro no Sul de Portugal - Epigrafia e Cultura*, Museu Nacional de Arqueologia e Etnografia, Lisboa, 1980, p. 6. A. Viana, «Novo 'Estoque' de Bronze, Proto-Histórico», *Actas e Memórias do I Congresso Nacional de Arqueologia*, vol. II, Lisboa, 1970, 1-7.

Desde un punto de vista general el paralelo más exacto en territorio hoy portugués para la planta de este poblado es, no obstante, la de los «poblados prerromanos» de Santa Olaia (concejo de Montemor-o-Velho), que presenta muchas semejanzas, desde el hecho de no estar amurallado hasta la técnica de construcción (con adobes) y la planta de las estructuras de habitación con su hogar central<sup>5</sup>.

La zona delimitada por el área industrial de Neves-Corvo se ha revelado extraordinariamente fértil en lugares arqueológicos, especialmente de la edad del hierro y del período romano. Así hemos identificado ya, en un área reducidísima de unos dos kilómetros cuadrados, cuatro hábitats de la edad del hierro y dos necrópolis que juzgamos relacionadas con dos de estos últimos, tanto por la proximidad geográfica entre ellos como por las características culturales comunes (fig. 5). De este modo hemos podido hasta ahora

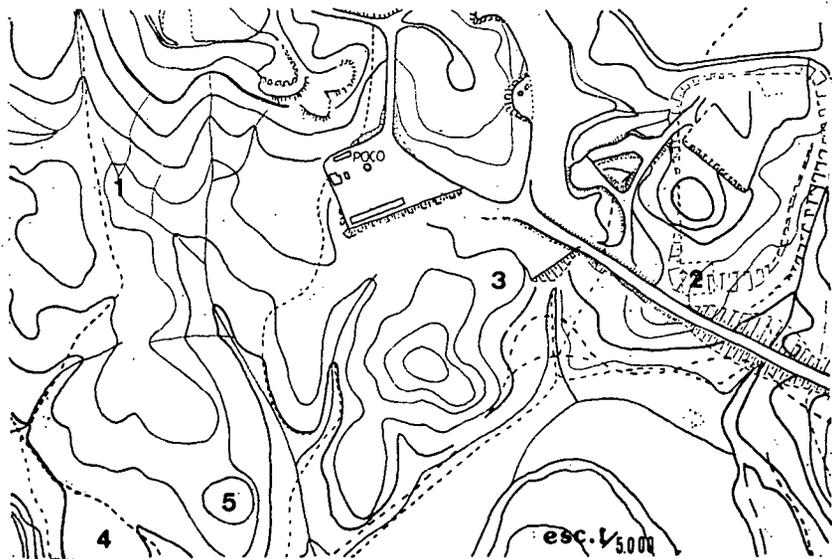


Figura 5

5. A. Santos Rocha, *Memórias e Explorações Arqueológicas*, vol. II, *Estações Pré-Romanas da Idade do Ferro nas vizinhanças da Figueira*, reedición de la Universidad de Coimbra, sobre todo Est. I.

efectuar un análisis de la evolución de la ocupación de aquella zona y definir una estratigrafía horizontal comparada, confrontando las diversas secuencias materiales que hemos podido establecer y utilizando ciertos elementos característicos del expolio, cuya presencia o ausencia en un determinado estrato nos permite concluir su afinidad cultural (y temporal) o no.

La cronología atribuida a esos niveles, en el sentido amplio del término, depende en gran medida de las piezas de importación, especialmente la cerámica ática y las ánforas púnicas. La estratigrafía vertical de cada lugar nos da a su vez *termini ante y post quos* valiosos para la cronología relativa de otros niveles relacionados con ellos y de los respectivos vestigios de la cultura material.

Así, Neves II (fig 5, n.º 1) se presenta como el núcleo habitacional cuya fecha de establecimiento parece más antigua: se implanta sobre un hábitat del bronce final y presenta, entre los primeros vestigios de la edad del hierro, cerámica digitada, semejante a la descubierta en Andalucía, con una posición estratigráfica bien definida que no permite relacionarla con los conocidos paralelos de la meseta y aragoneses ni atribuirle origen céltico<sup>6</sup>. Su posición estratigráfica, tanto en el Cerro Macareno como en los restantes yacimientos andaluces que han dado hasta hoy secuencias válidas para finalidades cronológicas, apunta, grosso modo, a dataciones entre los siglos VIII y VI a. C.<sup>7</sup>

En las proximidades de Neves II (a unos 500 m.) y situada junto a un viejo camino que pasa a lo largo del extremo occidental del poblado hemos descubierto muy recientemente una necrópolis (fig. 5, n.º 4) que, por lo que nos ha sido dado comprender de su estructura aparente y de la distribución de los monumentos funerarios que la componen, obedece a las características de algunas de las que han venido a ser identificadas en el Baixo Alentejo y Algarve y de donde provienen, en su casi totalidad, las estelas escritas del SO.<sup>8</sup>. De hecho esta necrópolis, que designamos de Neves IV, está constituida

6. A. Blanco et al. (1969), op. cit. nota 2, pp. 126-132. No obstante, como observa Pellicer, las impresiones digitales son una forma decorativa muy primaria, que aparece a comienzos del neolítico (en Andalucía) y se prolonga hasta el siglo III a. C. (Levante ibérico y sur de Francia). Cf. M. Pellicer Catalán, J. L. Escacena Carrasco, M. Bendala Galán, «El Cerro Macareno», *Excavaciones Arqueológicas en España*, Madrid, 1983, p. 66.

7. Idem, nota 6.

8. C. Mello Beirão y M. Varela Gomes (1980), op. cit. nota 4. C. Mello Beirão y M. Varela Gomes, «Coroplastia da I Idade do Ferro do Sul de Portugal», *Volume d'hommage au géologue G. Zyszewski*. Ed. Recherche sur les civilisations, Paris, 1984, fig. 6.

por túmulos de planta rectangular y otros circulares, en los que tal vez sea posible encontrar una supervivencia de los hábitos sepulcrales del bronce.

A título meramente conjetural presentamos la hipótesis de que el referido camino date, con pequeñas variantes de detalle, ya del período de ocupación de Neves II, altura en que uniría aquel hábitat a las fértiles vegas de la Ribeira de Oeiras, de las que sus moradores

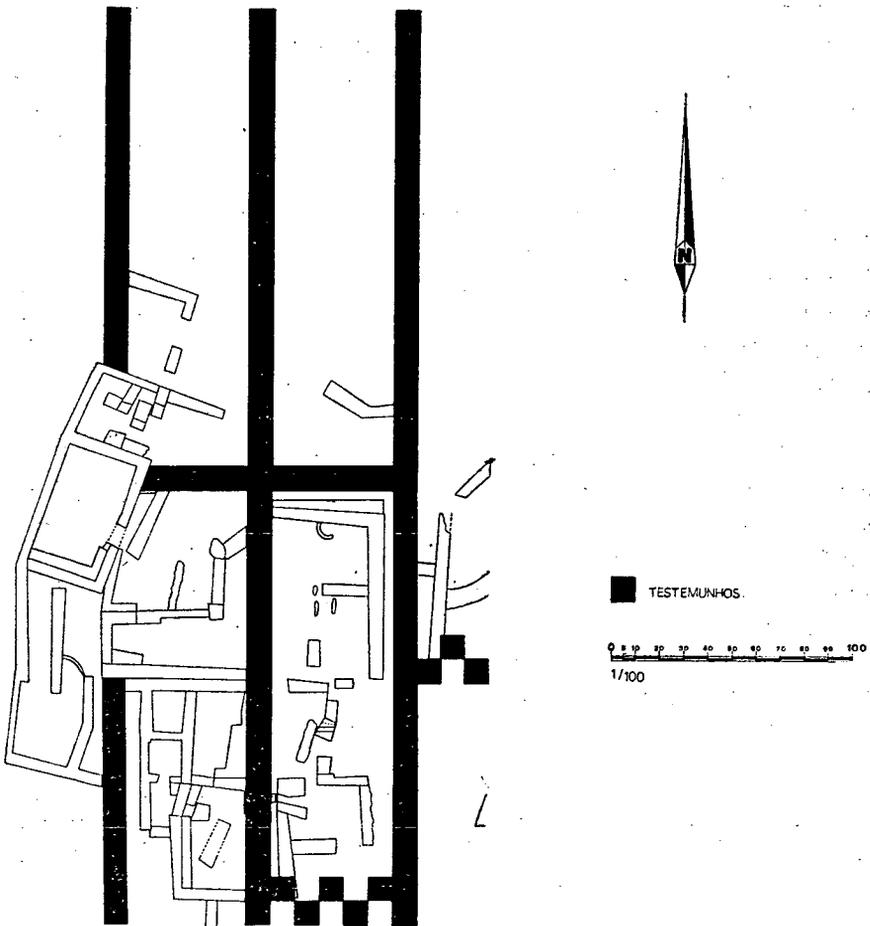


Figura 6

dependían con seguridad para la agricultura. La localización de la necrópolis junto a este camino no parece carecer de lógica.

Neves IV se sitúa muy próximo al *castellum* romano del «Castelinho dos Mouros»<sup>9</sup> y el camino en cuestión pasa al pie de la colina ocupada por este último establecimiento. Ahora bien, en Neves II se ha identificado, como hemos visto, una débil ocupación romana contemporánea de la fundación del Castelinho dos Mouros, lo que apuntará a que el camino habrá sido utilizado también en este período (fig. 5, n.º 5).

No lejos, pero en posición dominante sobre otro trecho de la Ribeira de Oeiras (fig. 5, n.º 2), se sitúa otro hábitat de la edad del hierro que presenta características muy distintas de Neves II en lo que respecta a la planta y a la distribución espacio-funcional de sus dependencias, aunque tenga también algunos puntos de contacto: Corvo I (fig. 6).

Aquí los compartimientos, de planta rectangular, se organizan alrededor de un patio central descubierta y con lajas, que constituye una especie de peristilo. Los restantes espacios están especializados desde el punto de vista funcional, teniendo dos destinados a molienda y otros a habitación, así como algunos presumiblemente ligados a la ganadería. Los materiales arqueológicos recogidos muestran un inicio de ocupación bastante posterior al de Neves II (*kylikes* tipo Cástulo, cuentas oculadas azules y blancas, pequeños *alabastra* en pasta de vidrio policroma, ánforas púnicas formalmente algo evolucionadas), habiendo, no obstante, un período de contemporaneidad entre los dos yacimientos.

En una pequeña colina limítrofe a la de Corvo I (fig. 5, n.º 3) hemos localizado e iniciado la excavación de una necrópolis de incineración, Neves I, de características muy *sui generis* sobre todo para la región, aunque encuentre paralelos contemporáneos en el SE. peninsular y sea explicable como consecuencia de un sustrato cultural derivado del mundo orientalizante<sup>10</sup> (fig. 7).

El túmulo principal y más antiguo reproduce la planta, las dimensiones y hasta la técnica constructiva de una estructura de habitación rectangular, teniendo adosados a su alrededor otros monumentos con características semejantes (fig. 7, A).

9. M. Maia, «Os 'Castella' do Sul de Portugal», *MM* (en prensa).

10. H. Schubart y H. G. Niemeyer, «Trayamar», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 90, Madrid, 1976, p. 200. M. Almagro-Gorbea, «Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación sociocultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos», *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, 1982, pp. 250-257.

Las dos ocupaciones de Neves I están patentes en el propio monumento principal (A), donde a dos estratos arqueológicos separados por un pavimento correspondían dos raras piezas en barro cocido, la más moderna de las cuales, en forma de caja, era una urna cineraria y la más antigua, sin paralelos conocidos, estaba destinada a servir de cubierta a un *loculus* funerario excavado en la roca.

No nos alargaremos mucho sobre este yacimiento que fue objeto de una noticia en otro lugar <sup>11</sup>, pero conviene subrayar que los

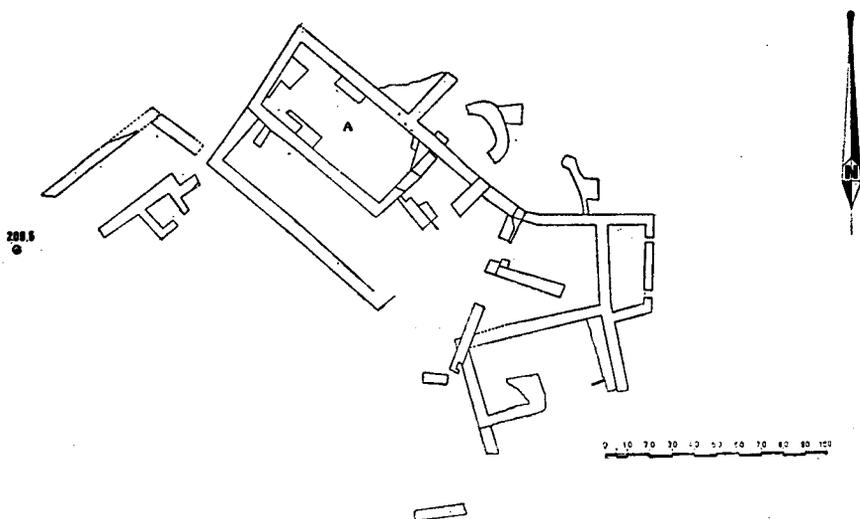


Figura 7

*larnakes* funerarios de Neves I, por mucho que sean de clara manufactura local, demuestran por su decoración de nítida influencia orientalizante la fuerza con que este impulso penetró en la región, mucho más de lo que se podría deducir de la sola presencia, que efectivamente ocurre en este lugar arqueológico, de objetos de origen mediterráneo tales como *kylikes* de tipo Cástulo, ánforas púnicas y cuentas oculadas, todo ello materiales recogidos en niveles del segundo momento de ocupación <sup>12</sup>.

La tipología y el estudio comparativo de los materiales de la necrópolis de Neves I y del hábitat de Corvo I revelaron muchas

11. M. G. Pereira Maia, «Dois 'Larnakes' da Idade do Ferro do Sul de Portugal», *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Vitoria, 1985 (en prensa).

12. La cronología para estas piezas coincide con la de sus congéneres de Corvo I y puede situarse entre los siglos VI y IV, aunque la cerámica ática aconseje situarlas en el último cuarto del siglo V a.C.

afinidades y creemos estar en condiciones de afirmar que el momento inicial del poblado es contemporáneo de la segunda fase de la necrópolis, quedando por identificar por ahora las estructuras habitacionales correspondientes al *larnax* más antiguo, así como el lugar de enterramiento utilizado por los ocupantes de Corvo I en su período más reciente.

Este hábitat de Corvo I constituye, con su organización espacial muy distinta de la que se deduce de la lectura de la planta de Neves II, otro testimonio de la profundidad con que los estímulos orientalizantes penetraron y fueron asimilados en su región, dado que estamos ante un tipo de casa que depende de un patio central, tradicional en el mundo mediterráneo pero desconocido hasta entonces en la Península Ibérica. La construcción de casas rectangulares, que constituyó una importante innovación en la urbanística de los poblados, ocurrida a comienzos del orientalizante<sup>13</sup>, data en el Alentejo, por lo menos, del s. VI a. C., según nos testimonia Neves II. En una fase posterior, que corresponde grosso modo al orientalizante reciente de Extremadura<sup>14</sup>, al turdetano de Andalucía occidental<sup>15</sup> y al comienzo del ibérico en el SE. y levante meridional<sup>16</sup>, se da una evolución en la urbanística, avanzándose hacia una estructuración más compleja<sup>17</sup>.

En cuanto a nosotros esa alteración es tan radical que comienza a volverse efectiva una diferenciación nítida entre aglomerados poblacionales de mayores dimensiones, que sufren una evolución conducente a una urbanística propiamente dicha (a veces están amuralladas y comienzan a ser dotados de una acrópolis<sup>18</sup>), y casas agrícolas, destinadas a unidades familiares desarrolladas y autónomas (tipo *oikos*); en ambos casos se trata de innovaciones que re-

13. A. Blanco et al. (1969), op. cit. nota 2, p. 126 y 149 ss. M. Almagro Gorbea, *El bronce final y el periodo orientalizante en Extremadura*, Biblioteca Prehistórica Hispana XIV, Madrid, 1977, p. 507. M. Pellicer Catalán, «Hacia una periodización del Bronce Final en Andalucía Occidental», *Huelva Arqueológica*, VI, 1982, p. 44.

14. M. Almagro Gorbea (1977), op. cit., nota 13, p. 507.

15. Cf. discusión en «I Jornadas Arqueológicas sobre colonizaciones orientales», *Huelva Arqueológica*, VI, 1982, p. 19. M. Pellicer Catalán (1982), op. cit. nota 13, p. 42. O. Arteaga, «Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península», *Símposi Internacional Els Orígens del Món Ibèric* (Barcelona-Ampurias 1977), *Ampurias* 38-40, 1976-78, pp. 23-60, así como otros trabajos de este Simposio.

16. O. Arteaga, «Los Saladares-80», *Huelva Arqueológica*, VI, 1982.

17. O. Arteaga (1977), op. cit. nota 2, p. 310.

18. A. Blanco y B. Rothenberg, *Exploración arqueo-metalúrgica de Huelva*, Labor, Barcelona, 1981, p. 235 ss. L. A. López Palomo, *La cultura ibérica del valle medio del Genil*, Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1979, pp. 67-72. J. A. Fortea Pérez y J. Bernier Luque, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970, especialmente p. 61 s. y 108 ss.

lacionamos con el mundo mediterráneo. Este paso evolutivo data en la región de Neves-Corvo de finales del siglo V, como se comprueba por la cronología del establecimiento del hábitat de Corvo I.

Paralela a la evolución anteriormente evocada y relacionada muy de cerca con ella está, evidentemente, una alteración en las estructuras sociales que hay que conectar con seguridad con modificaciones en el régimen político vigente.

En realidad la organización social del bronce final puede asociarse en cierta medida a una sociedad de jefes<sup>19</sup> y el orientalizante corresponderá una sociedad más compleja y, simultáneamente, más centralizada, porque de otra forma no se justificaría la ampliación de la influencia a *retroterra*<sup>20</sup> ni la adopción del estilo artístico orientalizante en regiones apartadas del contacto directo con las colonias mediterráneas ni la difusión de las ánforas púnicas, conteniendo tal vez aceite, vino y salazón.

Todos estos fenómenos presuponen una contrapartida por parte de las poblaciones del interior que fácilmente se encuentra en los metales en las regiones mineras, pero en el caso concreto de Neves-Corvo está por determinar<sup>21</sup>, y presupone también la existencia de una autoridad que dirija estos intercambios, o sea, jefes. Jefes locales (caso del túmulo A de Neves I y del «patriarca» de Corvo I) y jefes o régulos de mayor envergadura, los cuales ocuparían ciertamente centros de poder, cuya urbanística denota la existencia de diferenciaciones sociales.

### 5. Estratigrafía.

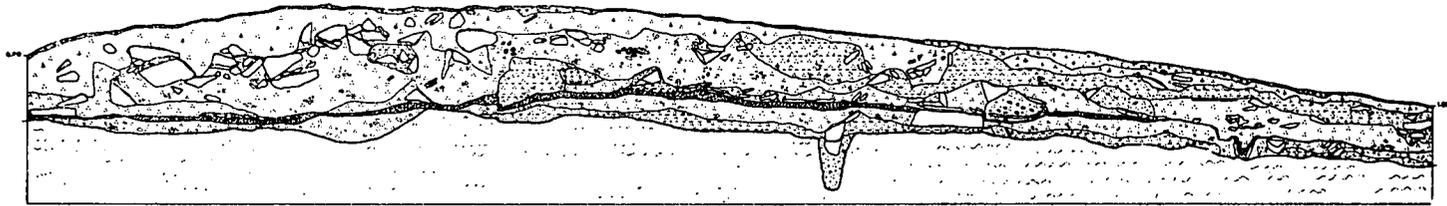
Hacer aquí una descripción exhaustiva de las secuencias estratigráficas observadas en Neves II resultaría prolijo e inoportuno. Con todo nos parece indispensable intentar atribuir un encuadramiento cronológico a la placa escrita de que nos ocupamos, lo que sería imposible sin una integración en el respectivo contexto arqueológico y, por consiguiente, estratigráfico (fig. 8).

Así el epígrafe fue recogido en la tercera capa, que seguía a las

19. M. Almagro Basch, *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, Biblioteca Prehistórica Hispana, VIII, Madrid, 1966, pp. 199-200. M. Varela Gomes y J. Pinho Monteiro, «As estelas decoradas da Herdade do Pomar (Ervidel-Beja) - Estudo comparado», *Setubal Arqueológica*, II-III, 1976-77, pp. 308 s.

20. O. Arteaga (1982), op. cit. nota 16, p. 156 ss.

21. Tal vez productos derivados de la ganadería.



- |   |    |    |    |    |   |    |
|---|----|----|----|----|---|----|
| 1 | 2A | 3A | 4  | 4B | 6 |    |
| 2 | 3  | 3B | 4A | 5  | 7 | 7A |

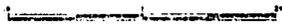


Figura 8

dos superficiales, removidas por la labranza. Esta capa estaba constituida por un manto de piedras de construcción caídas y amalgamadas con tierra arcillosa «beige»-amarillenta procedente de la desintegración del tapial o adobes que formaban la parte superior de las paredes. En varios puntos afloraban materiales arqueológicos, casi todos fragmentos de alfarería local, ánforas púnicas, molinos manuales y cantos rodados con vestigios de uso.

A este nivel correspondían hogares comparativamente pobres, cuya base está constituida por círculos irregulares de guijarros de cuarzo, así como algunas alteraciones en la planta de las casas, la más notoria de las cuales es la construcción de una escalera de cuatro peldaños y un descansillo que conducía al interior de la gran casa n.º 3 (fig. 2, n.º 13).

No recogimos en esta tercera capa materiales arqueológicos capaces de dar autónomamente cronologías seguras. Las ánforas púnicas o ibero-púnicas se encontraban demasiado dañadas de manera que sólo pudimos identificar fragmentos de vasijas reconocibles por su débil curvatura y por la característica pasta rosa-anaranjada, bastante depurada y quebradiza, que, al entrar en contacto con los dedos, deja un polvo de la misma tonalidad. Esta capa dio también fragmentos de cerámica con características tecnológicas idénticas pero pertenecientes a otras vasijas, especialmente escudillas que tenían como función, con toda probabilidad, servir de tapaderas de aquellas vasijas.

El grueso del expolio de este nivel estaba constituido por alfarería castaña de manufactura local sin vestigios de uso del torno, capaz por sí solo de atestiguar su filiación en la facies cultural de Neves-Corvo y de dar formas tipológicas integrables en ella, como grandes vasijas de borde extravasado y boca ancha (de unos 25 cm. de diámetro) con fondo plano y paredes gruesas (lám. I, 2, y «urnas» u «ollas» de menores dimensiones (de unos 25 cm. de altura), también de borde saliente, panza más o menos marcada y fondo plano.

Estas piezas encuentran paralelos en todos los momentos de ocupación de las estaciones del hierro de Neves-Corvo y, por eso, constituyen prueba de que esta tercera capa se integra en esa cultura, sin que sea posible admitir la existencia de un hiato entre el primer y el segundo momento de ocupación del yacimiento.

Muy valiosos desde el punto de vista cronológico son los pe-

INSCRIPCION EN ESCRITURA TARTESIA (O DEL SO.) HALLADA EN NEVES

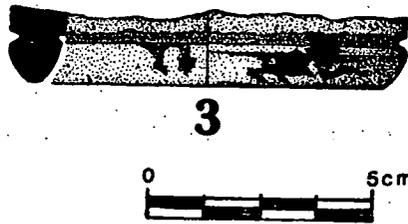
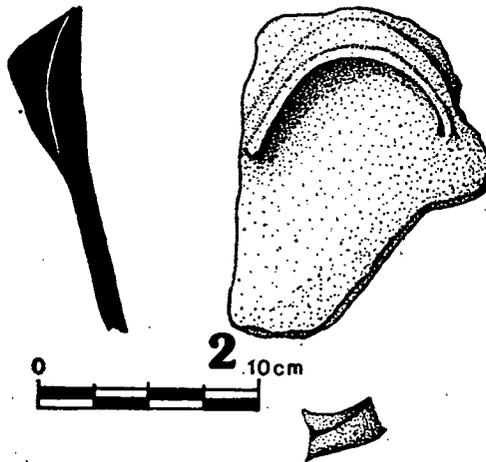
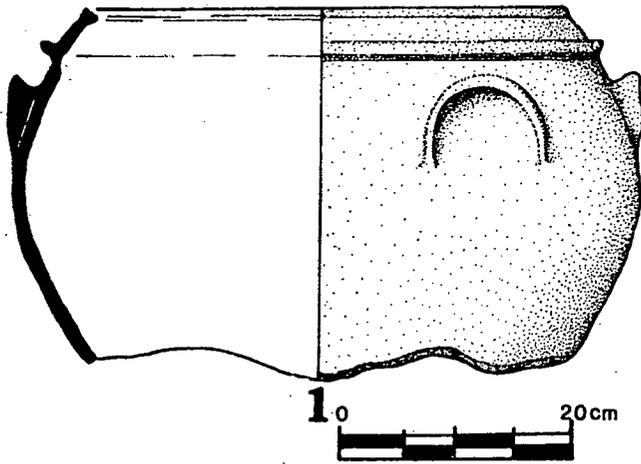


Figura 9

dazos de *kylix* de tipo Cástulo provenientes del compartimiento 6 (fig. 2, n.º 6). Son idénticos, aunque su estado de conservación sea muy malo (fig. 9, n.º 3), a los de la primera fase de Corvo I y de la segunda ocupación de Neves I<sup>22</sup>. Con todo, el edificio en que los recogimos no se relaciona, con toda seguridad, con los niveles generales establecidos para la estación, aunque su datación, de mediados a finales del siglo V, permita atribuirlos más fácilmente al primer nivel del hierro del poblado.

Hecho digno de registrar a propósito de la continuidad cultural entre los dos niveles de la edad del hierro de Neves II es la total ausencia, en sus capas superiores, de cualquier vestigio de presencia céltica o de influencia ibérica, que, no obstante, se dejan sentir en zonas relativamente próximas como Mesas do Castelinho y Castro do Montel<sup>23</sup>, con cerámica estampillada, y Abóbada, Garvão y Segóvia<sup>24</sup>, con expolio relacionable con el mundo ibérico.

Debajo de la tercera capa que hemos mencionado y separada de ella observamos una cuarta, constituida por tierra arcillosa de adobes o tapial, con muchos vestigios de carbones y cenizas, que dio abundante expolio arqueológico. Se asentaba directamente en pavimentos de tierra batida roja, bastante espesos y cuidados (quinta capa) y se relacionaba con los hogares bien estructurados a que ya nos hemos referido.

La cuarta capa de Neves II es particularmente rica en expolio, habiendo dado un moderado número de ánforas de origen o filiación púnica, que, guardadas las reservas a tener en cuenta respecto a materiales todavía tan poco encuadrados cronológica y tipológicamente, constituyen base suficientemente segura para una apreciación estratigráfica fidedigna.

Importan, en el presente trabajo, las precisiones cronológicas que el material anfórico pueda establecer, por lo que prescindiremos de otras consideraciones acerca de la tipología, origen y contenido, que, no obstante, consideramos de mucha importancia.

22. M. García Pereira Maia, op. cit. nota 11.

23. J. Leite de Vasconcellos, «Excursão pelo Baixo Alentejo», *O Archeólogo Português*, Série I, XXIX, 1930-31, p. 243. J. M. Arnaud y T. Judice Gamito, «Cerâmicas Estampilhadas da Idade do Ferro de Portugal -I-Cabeça de Vaimonte, Monforte», *O Archeólogo Português*, Série III, vols. VII-IX, 1974-77, pp. 163-202.

24. M. Varela Gomes, «El 'Smiting God' de Azougada (Moura)», *Trabajos de Prehistoria*, 40, p. 205. M. Varela Gomes, «Garvão», *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, Vitoria, 1985 (en prensa). T. Judice Gamito, «Os Barris Ibéricos de Portugal», *Conimbriga*, 1983.

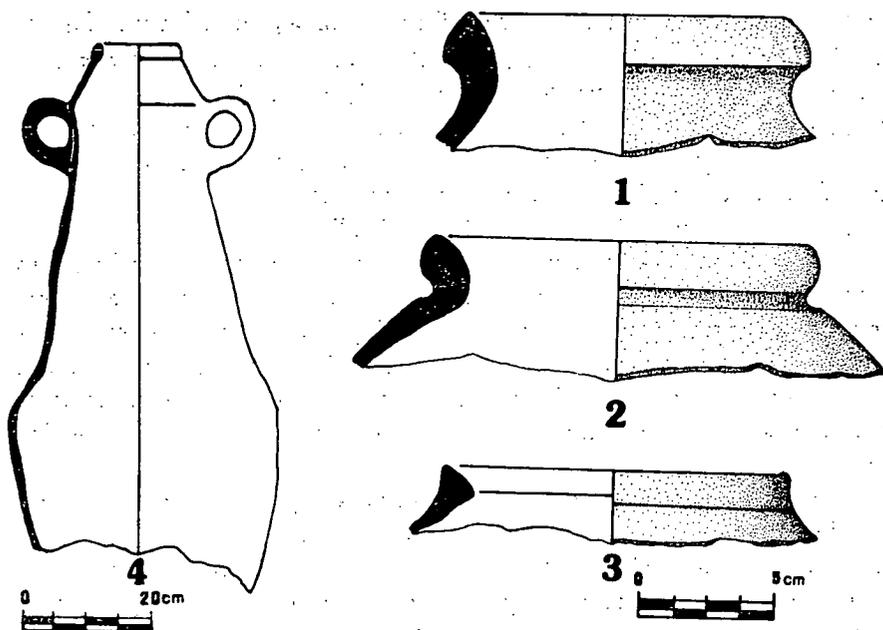


Figura 10

Morfológicamente las ánforas púnicas de esta cuarta capa de Neves II pueden ser distribuidas entre dos formas de la tipología de Mañá, tipos A3 y A4<sup>25</sup>, o entre los tipos B y C de Pellicér<sup>26</sup>, o incluso entre los tipos VI y VII de Molina-Huertas<sup>27</sup>.

Estas formas generales, sin otras precisiones, conducen a cronologías muy amplias: la primera está documentada en la segunda mitad del siglo VIII y en el siglo VII en Chorreras<sup>28</sup>, en la segunda mitad del VII y principios del VI en Mogador y Guadalhorce<sup>29</sup> e in-

25. J. M. Mañá, «Sobre tipología de ánforas púnicas», *Crónica del VI Congreso Arqueológico del Sudeste*, Alcoy, 1950 (Cartagena, 1951), pp. 203-210.

26. M. Pellicér, «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)», *Habis*, 9, 1978, pp. 365-397.

27. F. Molina Fajardo y C. Huertas Jiménez, «Tipología de las ánforas fenicio-púnicas», en *Almuñécar. Arqueología e historia*, Caja Provincial de Ahorros, Granada, 1983, pp. 133.

28. M. E. Aubet, «Excavaciones en las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)», *Pyrenae*, X, 1974, figs. 10, 17 y 19. M. E. Aubet, G. Masslindemann y H. Schubart, «Chorreras. Eine phönizische Niederlassen östlich der Algarrobo-Mundung», *MM*, 16, 1975, Abb. 8.

29. A. Jodin, *Mogador, Comptoir phénicien du Maroc atlantique*, Tánger, 1966, pp. 57-64 y 122-132. A. Arribas y O. Arteaga, «El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, Serie monográfica n.º 2, Granada, 1975, láms. XLIII, XLV y LVI.

cluso en el último cuarto del v en Ibiza<sup>30</sup>. La segunda forma (fig. 10, n.º 4) surge en el Morro de Mezquitilla en estratos revueltos posteriores al siglo vi, posiblemente del v<sup>31</sup>, en el Forum SO. de Corinto en un edificio anterior al 460 a. C.<sup>32</sup> e incluso en Olimpia<sup>33</sup>, pero parece ser también frecuente en contextos mucho más recientes: finales del siglo iv y comienzos del iii en Cartagena, La Galera, La Albufereta, La Bastida<sup>34</sup> y Adra<sup>35</sup>.

Sin embargo, las bocas de estos recipientes sufren evoluciones más perceptibles —sobre todo atendiendo al estado extremadamente fragmentario en que han sido recogidos— que las del cuerpo; los fondos, al ser más frágiles, son muy raros. Por esa razón el esfuerzo tipológico que hasta hoy ha incidido sobre esta clase de materiales conduce a una clasificación más densamente documentada de las bocas y labios.

Tres de las bocas recogidas en la cuarta capa de Neves II corresponden al tipo Mañá A3, Pellicer B, Molina-Huertas VI (fig. 10, n.º 1, 2, 3), y una al tipo Mañá A4, Pellicer C, Molina-Huertas VII y encuentran paralelos muy aproximados entre los ejemplares bien datados del Cerro Macareno<sup>36</sup>. La boca número 1 se asemeja mucho al n.º 1.065 y la número 2 al n.º 997 del Macareno, bordes salientes y extravasados derivados de los de las ánforas fenicias y provenientes de niveles de mediados del siglo vi a. C., y las bocas núms. 3 y 4 se aproximan a los n.º 1.269 (b) y 1.360 respectivamente, ánforas ibero-púnicas con borde almadrado de tendencia vertical, recogidas en niveles del tercer cuarto a finales del siglo v<sup>37</sup>. Considerando que todas estas ánforas provienen en Neves II de la misma capa (4.ª), un nivel sobre el pavimento (5.ª), son datables, en este caso, del tercer cuarto a finales del siglo v.

La misma datación puede, en consecuencia, atribuirse a la alfarería común de este nivel, de la que se destacan, por ser particu-

30. J. Ramón, «Ibiza y la circulación de ánforas fenicias y púnicas en el Mediterráneo Occidental», *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 5, 1981. J. H. Hernández y J. Padró, «Escarabeos del museo arqueológico de Ibiza», *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 7, 1982, p. 42.

31. H. Schubart et al. (1976), op. cit. nota 10, pp. 88 ss., láms. 10-11.

32. C. K. Williams II, J. E. Fisher, «Corinth, 1975, Forum Southwest», *Hesperia*, 45, 1976, pp. 99-162. C. K. Williams II, «Corinth, 1978, Forum Southwest», *Hesperia*, 48, 1979, pp. 105-144.

33. W. Lauer, «Die Tongefässe aus den Brunnen unter Sadion-Nordwale und in Südost-Gebiet», *Olympische Forschungen*, VIII, 1975, p. 67 y Abb. 22, n.º 3.

34. J. M. Mañá (1950), op. cit. nota 25, p. 102.

35. R. Pascual, «Underwater Archaeology in Andalucía (Almería and Granada)», *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, 2, 1973, pp. 212-218 y figs. 8c, 9a y 10a.

36. M. Pellicer (1978), op. cit. nota 26.

37. Idem, nota 26, p. 376 y fig. 3; p. 379 y fig. 5.

larmente abundantes y característicos de esta facies local de la edad del hierro alentejana, unas grandes vasijas de boca larga y perfil general de cuerpo hemiesférico, dotadas de asas en herradura (fig. 9, n.º 1).

Se trata probablemente de recipientes destinados a contener agua para uso doméstico, están manufacturados según la técnica de torno lento y poseen pasta grosera, castaña ceniza, con numerosos elementos no plásticos, a veces grandes (c. 0,5 cm.) El espesor de las paredes es variable, dependiendo de las dimensiones de la vasija, pero siempre es importante, así como estas últimas. La boca está característicamente reforzada por un labio espesado paralelo a la pared, que termina en ambos extremos en molduras bien ejecutadas.

Las asas en herradura, que aquí están casi exclusivamente asociadas a este tipo de vasija, no son desconocidas en contextos peninsulares de la edad del hierro e incluso anteriores, si bien nunca sean tan abundantes, teniendo, por lo contrario, fuera de esta zona un carácter de excepción.

Se conocen antecedentes muy antiguos —transición del neolítico final al calcolítico—, pero en ese momento presentan dimensiones muy reducidas. Están documentadas en la Colina de los Quemados, en el período de impacto colonizador, en el Cerro Salomón y en Quebrantahuesos, en el orientalizante, y datan de finales del siglo VIII y del VII en Peñón de la Reina de Alboloduy, y del VI en el Macareno<sup>38</sup>.

Ya hemos dicho que el edificio de donde proviene la placa escrita no dio ningún otro expolio hasta el nivel de relleno inclusive, pero por debajo de éste una depresión natural de la roca estaba rellena de tierra apretada artificialmente y se superponía a una capa con expolio arqueológico, entre el que se contaba un fragmento de alfarería tecnológicamente idéntico a los que acabamos de describir y con un asa en herradura (fig. 9, n.º 2).

En la región de Neves-Corvo este tipo de vasos está presente en la segunda fase de Neves I, en la primera de Corvo I y, como hemos visto, en la primera de Neves II, cuya datación corrobora plenamente las aseveraciones estratigráfico-tipológicas que intentamos y permite establecer un *terminus post quem* para el nivel del epigrafe en

38. M. Pellicer (1983), op. cit. nota 6, p. 68.

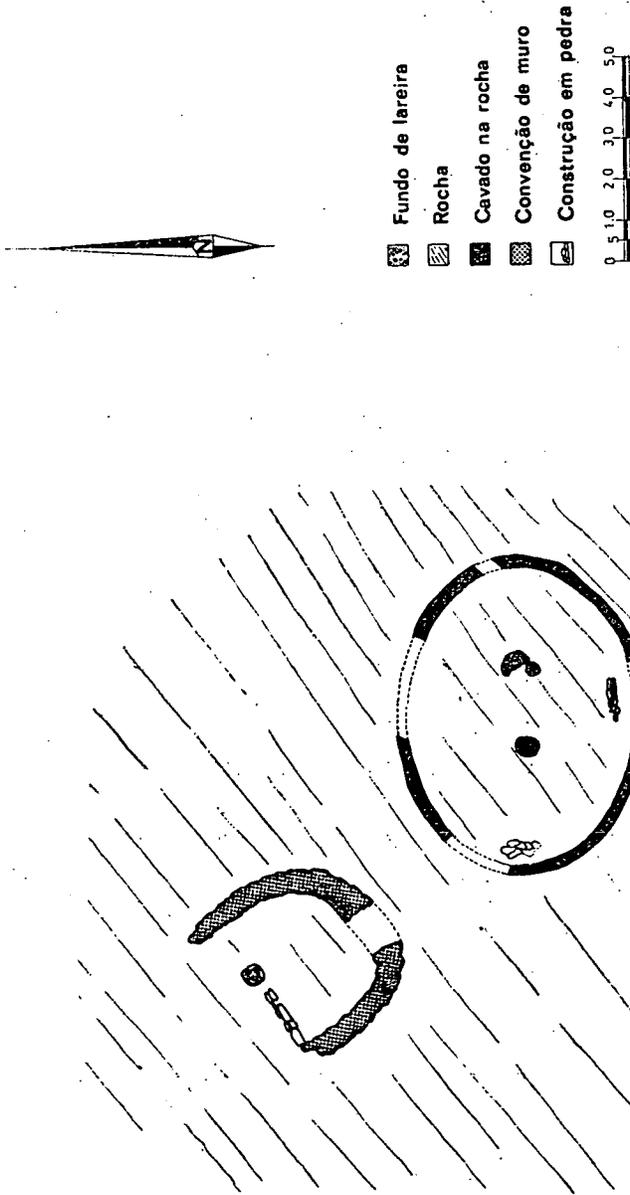


Figura 11

estudio. Este *terminus post quem* no es muy amplio, dado que el segundo momento de Neves II pertenece indudablemente a la misma cultura y, tal vez, también al mismo grupo poblacional que el primero, atestiguado por un nivel arqueológico que se encuentra inmediatamente subyacente a éste, sin dejar vestigios perceptibles de ninguna modificación estructural entre los dos.

Terminando, y para concluir la descripción estratigráfica del poblado, queda añadir que éste, en su cima NE., se sobrepone a un nivel (capas 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>) del bronce final, detectable por la presencia de dos fondos de cabaña ovals (figs. 11 y 2), agujeros de poste estructurados, un hogar, e incluso por la recogida de puñales de bronce y vasos de «decoración bruñida».

Esta primera ocupación del yacimiento no se relaciona directamente con la placa escrita en estudio y, por eso, reservamos su descripción para un trabajo aparte que preparamos. No queremos, sin embargo, dejar de subrayar que, en la región de Neves-Corvo, una vez más se confirma el hecho de que la implantación topográfica del poblamiento no ha sufrido en muchos casos alteraciones con el paso a la edad del hierro, registrándose una permanencia en los mismos lugares de hábitat.

Nos queda, en particular, el hecho de que las poblaciones de la edad del hierro de Neves-Corvo no sólo han recibido las contribuciones materiales orientalizantes, sino que las han asimilado tan profundamente y ligado a su vida cotidiana que, en un período de disgregación como son los finales del siglo v, o incluso un poco después, mantenían en uso una de las grandes creaciones peninsulares subsiguientes a los contactos mediterráneos, la escritura.

## II

1. La lápida inscrita hallada en el estrato tercero de la estación arqueológica de Neves II nos ha llegado en estado fragmentario. Se compone esencialmente de dos trozos, uno de dimensiones relativamente grandes, que a su vez consta de cinco fragmentos desiguales, y otro, pequeño, correspondiente al ángulo inferior derecho (fig. 12 y lám. I, 1).

La piedra es pizarra negra alterada, de tonalidad «beige» rosada,

ligeramente más clara en el trozo menor. Se encuentra bastante deteriorada en la superficie y los bordes, siendo difícil, en general, la lectura de la inscripción, pues no pocos signos han quedado reducidos a leves trazos.

Está falta evidentemente de, al menos, la parte superior derecha. Sin embargo un examen atento de los bordes, lisos en algunas par-

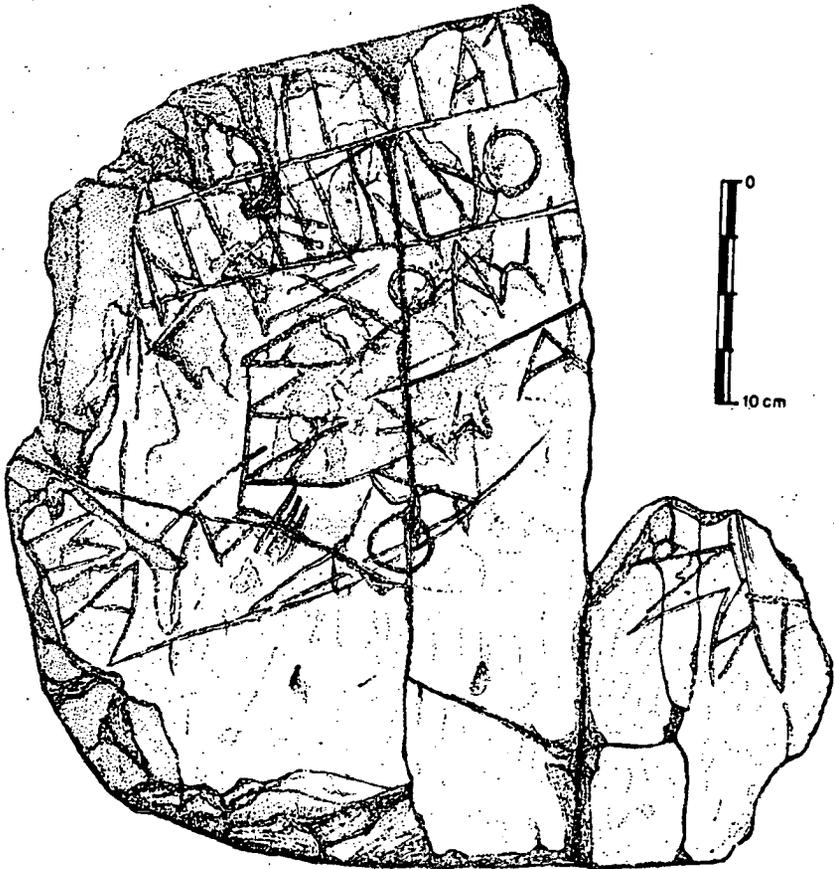


Figura 12

tes, hace pensar que sus dimensiones no eran superiores a las que se pueden colegir de su contemplación: es decir, su forma original debió ser sensiblemente cuadrada. En la actualidad sus dimensiones máximas son 0,39 m. de altura, 0,37 m. de anchura y 0,025 m. de grosor, por lo que podemos suponer que originariamente medía 0,40 x 0,40 m., siendo su grosor el mismo que en la actualidad.

Los signos, que pertenecen sin duda alguna al sistema tartesio o del SO.<sup>39</sup>, oscilan en su altura, que va, por ejemplo, para el más documentado de ellos, la A, de 3,5 a 5 cm. Van encuadrados en cartela, pero la continuidad en el trazado de ésta parece caprichosa, planteando un problema de difícil solución.

2. Tanto por su localización geográfica y las características brevemente señaladas como por otras que luego se analizarán, esta inscripción pertenece al grupo epigráfico de las estelas del SO.; pero presenta unos rasgos específicos que exigen un análisis detenido.

2.1. Si se acepta la hipótesis de que su forma originaria era sensiblemente cuadrada, de lo que hay, como se acaba de decir, indicios suficientes, estamos indudablemente ante una anomalía. Del total de estelas en escritura tartesia conocidas hasta hoy en territorio portugués, hay 31 cuyas proporciones originales se pueden conocer con una total seguridad o, al menos, con bastante probabilidad. Pues bien, sin entrar en grandes precisiones se puede decir que cuatro son muy alargadas, siete bastante, dieciocho son simplemente alargadas y dos poco. Esto da una idea de cuál es el tipo predominante, que podríamos llamar, grosso modo, «rectangular». Se puede, sin embargo, descender a más detalles: limitándonos a 18 estelas cuyas dimensiones actuales deben ser las originarias y estableciendo una razón entre su altura y anchura, hallamos que sólo Pego II (Aldeia de Palheiros, Ourique) se aproxima con un cociente de 1,068 a la de Neves, para la que suponemos un cociente de 1<sup>40</sup>. Pero más interesante es que el tipo medio da 2,421, es decir,

39. Llamado también sudlusitano (U. Schmoll, J. Untermann) y del Algarve (J. de Hoz).

40. También las dimensiones absolutas son parecidas: las de Pego II son 0,39 x 0,365 x 0,05 según el *Catalogue des stèles épigraphiques*, actualmente en prensa y facilitado amablemente por el Dr. C. de Mello Beirão. De este *Catalogue* tomamos una serie de datos externos sobre las inscripciones así como su sistema de numerarlas, teniendo en cuenta que parte de ellas están aún propiamente sin editar. La inscripción de Pego II fue publicada por L. Coelho, «Inscrições da necrópole proto-histórica da Herdade do Pego (Ourique)», *O Arqueólogo Português*, Série III, vol. V, 1971, pp. 167-180.

con una altura casi dos veces y media su anchura, muy lejos de nuestra lápida <sup>41</sup>.

2.2. Es también característica común de las estelas dejar libre de escritura al menos el pie de la piedra para poder hincarla o calzarla. Hay sin embargo una gran diferencia en la superficie inferior que queda sin escribir, que, considerada en relación a la altura total de la estela, va desde un séptimo (Cerca do Curralão, Almodôvar) <sup>42</sup> hasta la mitad (Cerro do Castelo da Fuzeta, Tavira), <sup>43</sup>, oscilando la mayoría entre un tercio y un cuarto. Dado que nuestra lápida deja sin escritura algo menos de un cuarto, se encuentra en este aspecto en el límite de lo normal.

2.3. Por el contrario, es problemático dónde comienza en ella la escritura, así como la continuidad de las líneas, a pesar del uso de cartela, que, de entrada, parecería garantizar una escritura cuidada. La cartela es, en efecto, una pauta no sólo para el trazado de los signos sino también para su continuidad, fundamental siempre, más aún en un tipo de escritura precisamente continua; pero no siempre aparece. De un total de 48 inscripciones en que esto es apreciable, 29 tienen cartela, 9 sólo parcialmente y 10 están faltas de ella. Aproximadamente, pues, sólo un 20 por ciento la desconoce totalmente.

En un total de 28 estelas en que se aprecia con más o menos seguridad el comienzo de la inscripción, 20 lo hacen a partir del ángulo inferior derecho <sup>44</sup>, cuatro a partir del inferior izquierdo, hay una que inicia el campo epigráfico en el ángulo superior derecho y otra en el izquierdo, una, fragmentada, en la que probablemente la escritura era horizontal, y otra, en fin, que tiene dos líneas paralelas, arrancando ambas de abajo. Esto quiere decir que el tipo dominante (71 por 100) es el de inicio en el ángulo inferior derecho.

Esto hay que combinarlo con la orientación de los signos con

41. En estos cálculos y en los que siguen sólo tenemos en cuenta las inscripciones aparecidas en Portugal.

42. Tal vez también Benaciate II (S. Bartolomeu de Messines, Silves), inédita aún y perdida en la actualidad.

43. Algo más tal vez en Gavião (Aljustrel), cf. L. Coelho, «Quelques notes a propos d'une nouvelle inscription aux caractères «ibériques» du SW péninsulaire portugais, provenant des environs d'Aljustrel (Portugal)», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1979, pp. 371-379; pero aquí la escritura adopta, al parecer, un trazado horizontal (como en la estela de Puente Genil, Córdoba, GM XXX).

44. Por encima lógicamente del espacio libre inferior que se acaba de indicar.

respecto al borde, detalle que es perceptible en mayor número de estelas. En un total de 43, treinta y cinco tienen sus signos con la cabeza orientada hacia los bordes; cinco, por el contrario, apoyan u orientan los pies hacia los bordes y tres conocen ambas orientaciones a la vez, por lo que el tipo primero representa el 81 por ciento del total.

Es fácil deducir de lo dicho, predominio absoluto de comienzo en el ángulo inferior derecho y signos con cabeza hacia el borde, que la orientación habitual de la escritura será la sinistrorsa. Y así, de un total de 51 inscripciones en que la dirección de la escritura es apreciable, treinta y ocho son sinistrorsas, ocho son dextrorsas y cinco alternan ambas direcciones: prácticamente un 75 por ciento es de orientación sinistrorsa.

Una última característica a tener en cuenta es el de la continuidad de la escritura. Esta sigue habitualmente el borde de la piedra y se enrolla hacia su interior, si es necesario: en pocas palabras, va de fuera a dentro sin ruptura de la continuidad ni saltos. Sólo se conocen dos excepciones: en *GM VII* (Vermelhos III, Ameixial) hay dos líneas paralelas de corta extensión al estilo de nuestra escritura (pero van de abajo arriba y repiten una secuencia de signos; lo que la hace doblemente singular); en Abóbada I (Gomes Aires, Almodôvar)<sup>45</sup> el centro de la estela es una figura, que la escritura enmarca al modo regular, pero como la inscripción era más larga, continúa necesariamente por el exterior, bordeando el lado izquierdo y algo del superior de la piedra. También es ligeramente excepcional Mestras (Martim Longo, Alcoutim), inscripción extensa cuyos tres últimos signos salen hacia afuera en vez de seguir la trayectoria interior<sup>46</sup>. Puede establecerse, pues, como norma que, en todo caso, ha de haber continuidad en la escritura, máxime si la inscripción es larga.

2.4. Sin embargo el estado fragmentario de nuestra lápida impide ver dónde comienza la inscripción y cuál es su trayectoria. Nos parece fuera de duda que la parte libre de escritura debe con-

45. M. M. Alves Dias, L. Coelho, «Notável lápide proto-histórica da Herdade da Abóbada-Almodôvar (Primeira notícia)», *O Arqueólogo Português*, Série III, vol. V, 1971, pp. 181-190.

46. Esta inscripción presenta otra peculiaridad: la escritura más que enrollarse hacia el interior se pliega hacia él, pero la continuidad no se rompe. Del mismo estilo es, al parecer, Fonte Santa II (S. Salvador, Ourique).

siderarse como la inferior, pues, aunque las dimensiones relativas de la piedra invitan a considerarla una lápida y no una estela y, por tanto, es más probable que estuviera adosada a la pared que hincada en tierra, sigue, no obstante, la tradición de las estelas, que, hoy por hoy, es la única documentada en este sistema<sup>47</sup>.

El problema surge porque no parece que la piedra tuviera dimensiones mayores a las actuales, integrando idealmente la parte que falta. Si siguiera el tipo común, la escritura arrancarí­a del ángulo inferior derecho, pero lo que queda de él no invita a esta hipótesis: ciertamente se puede suponer que por el borde derecho de la piedra iban dos líneas de las que nos quedan sólo cuatro signos. Sin embargo, el problema mayor no está exactamente en esto sino en las dos líneas superiores.

La que bordea la piedra, a pesar de ser escasamente legible, presenta una lectura clara *la* de orientación sinistrorsa y con la cabeza de los signos mirando al exterior. En cambio la inmediata inferior está invertida respecto al borde y es dextrorsa, no siendo posible establecer una continuidad entre ambas. Por otra parte lo que se puede leer conjuntamente en el ángulo inferior izquierdo y el centro complica más la situación, pues no puede saberse con seguridad de cuál de las dos líneas superiores es continuación, aunque lo lógico es que lo sea de la segunda: en todo caso la línea primera queda en el aire.

Dadas estas dificultades, creemos lo más prudente, de momento, renunciar a establecer la continuidad y analizar la inscripción en cinco textos: I ángulo inferior derecho; II línea primera; III línea segunda; IV línea tercera; V línea cuarta<sup>48</sup> (fig. 13).

47. No creemos que se trate de cubiertas de sepulturas ni que, en consecuencia, hubiera que leerlas dando vueltas alrededor de las mismas: además de lo dicho sobre la existencia sistemática de un espacio libre hay que tener en cuenta que no hay un solo signo que, visto desde cualquier posición distinta de la normal, pueda confundirse con otro. Más aún, hay incluso una inscripción (Cortè Azinheira, Almodóvar) donde la A aparece sistemáticamente boca abajo. Igualmente otros signos, como D, cambian a veces su orientación.

48. En la transcripción los signos suscritos significan: una raya, signo incompleto pero de lectura razonablemente segura; dos puntos, signo de lectura dudosa por incompleto; un punto, signo dudoso por cualquier otra razón.

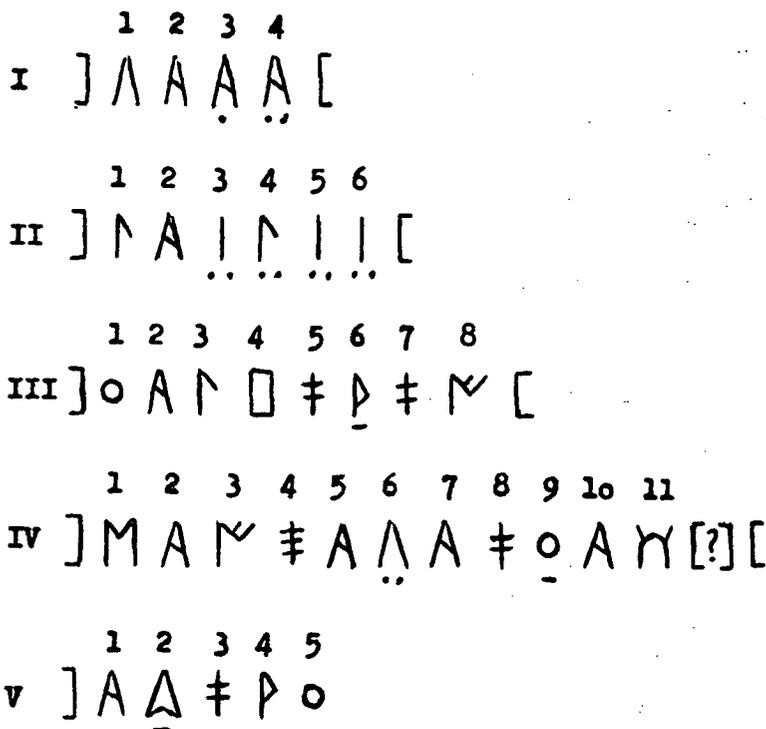


Figura 13

I. Orientación dudosa (pero a efectos de lectura hemos supuesto que es dextrorsa).

1-2 no hay dificultad de lectura: *C(a).a*. 3 parece tener un trazo oblicuo interior, por lo que sería *a*. Ahora bien, esto hace a su vez dudoso que 4 sea también *a*, por no conocerse tres vocales iguales seguidas. En todo caso 4 está muy incompleto.

II. Orientación sinistrorsa.

1 es, al parecer, una *l*; pero podría ser una *r*, si bien incompleta, si se atiende a un pequeño trazo que forma ángulo con el asta corta. 3 al estar la parte superior rota no es posible saber qué signo era: probablemente *l*, *n*, *i*; o el signo *l*, cuyo valor fonético es aún desconocido. 4 sólo queda un trazo oblicuo que debe pertenecer a una *l* o al signo en forma de flecha; una línea

de fractura pasa por donde debería estar el asta. Hemos restituido conjeturalmente *l*. 5-6 no es posible establecer de qué signos se trata: sólo quedan dos astas, la segunda muy incompleta. Del resto de la línea no es posible sacar nada.

### III. Orientación dextrorsa. Aunque incompleta no plantea problemas de lectura: *e.a.l.P(o).o.r.o.i*

1 va precedido del trozo inferior de un asta oblicua, que tal vez pertenezca a una *a*, pero no lo recogemos en la lectura. 3 cortada el asta por una línea de fractura. 4 los trazos superior e inferior se funden con la cartela. 6 incompleto pero de lectura segura.

### IV. Orientación dextrorsa.

1-5 no plantean problemas de lectura: *¿a.i.s.a.* 6-7 probablemente *C(a).a*, pero 6 está incompleto y podría ser también *a* (cf. lo dicho a I 3). 8-9 la lectura de 9 es muy difícil, pero no parece que pueda ser otro signo que el círculo, con lo que tendríamos documentada por primera vez la secuencia *o.e.* ausente en todas las inscripciones conocidas. 10-11 no plantean problemas en su lectura, pero a continuación de 11 aparece un trazo vertical cuya interpretación es dudosa: puede ser una línea de cartela o parte de un signo. En el primer supuesto el pequeño trazo horizontal perpendicular a él que le sigue será el resto de un signo (pie o cabeza); pero si el trazo vertical forma con el horizontal un signo, éste tendría que ser H, alógrafo de otro similar, pero con dos trazos horizontales, que en esta zona funciona como silabograma en *-e*. Es todo cuestión muy dudosa.

V. Orientación sinistrorsa. No plantea problemas de lectura, si bien ninguno de los cinco signos está completo, particularmente 2: *a.T(o).o.r.e.* Es sin duda alguna el final de la inscripción.

3. En el estado actual de nuestros conocimientos no cabe hablar de la lengua en que está escrita la inscripción sino sólo comprobar si hay discrepancias o similitudes con lo ya conocido.

3.1. En primer lugar los silabogramas de secuencia vocálica fija que aparecen, *C(a)*, *P(o)* y *T(o)*, cumplen con la regla de ir seguidos de vocal del mismo timbre. De cualquier otra secuencia de signos sólo son novedad *l.P(o)* (III 3-4) y *o.e.* (IV 8-9).

Respecto a la primera secuencia hay que tener en cuenta que hasta ahora sólo se conocen dos de los posibles silabogramas en labial: *P(o)* y *P(u)*, por lo que la ausencia de la secuencia *l* más labial no era muy indicativa. Ahora bien, analizados todos los sig-

nos que hasta ahora se han propuesto con más o menos fundamento como silabogramas de labial, tenemos que ninguno de ellos sigue a *l* con seguridad: tan sólo en dos inscripciones<sup>49</sup>, en que la lectura de *l* es dudosa, podría ir seguida de  $\Sigma$ , que según J. de Hoz sería *ba* (= *P(a)*).

Respecto a *o.e* su ausencia hasta ahora era más llamativa y la habíamos interpretado como indicio de algún hecho fonético no determinado<sup>50</sup>. Si la lectura que damos aquí es la correcta (recuérdese que *e* es más bien una restitución, la única probable desde luego), entonces tal secuencia ha dejado de estar ausente; pero tratándose de signos tan frecuentes, hay que reconocer que sigue siendo muy singular la presencia de un solo caso.

3.2. En otro orden de cosas podría llamar la atención el hecho de que no aparezca la conocida «fórmula funeraria» cerrando la inscripción. Pero, dejando al margen el que no siempre aparece en tal posición y podría, en puridad, estar presente en alguno de los fragmentos que faltan del texto, la realidad arqueológica justifica su ausencia, pues no parece que estemos ante una inscripción funeraria sino de otro tipo.

Entendemos que el final de la inscripción es claramente el texto V y es digno de resaltar que conocemos otras tres inscripciones<sup>51</sup> que acaban también en *-e*, incluso una de ellas en *r.e*. Se confirma así algo de lo que ya teníamos conocimiento por segmentaciones que ha sido posible hacer en el interior de algunas inscripciones: no es raro que el final de las posibles palabras sea precisamente *e*, lo que es indicio de un papel fonético e incluso gramatical desconocido pero importante.

3.3. El profundo estado de fragmentación en que nos ha llegado el texto nos impide seguir más adelante en el análisis pisando terreno firme, pero se pueden hacer algunas conjeturas cuya confirmación ha de quedar aplazada hasta un mejor conocimiento de la lengua.

Resulta llamativa en el texto III la secuencia *a.l.P(o).o.r.o.i.*, que podría muy bien corresponder a un fonético *alboroi*, el cual a su

49. En GM IX (Ameixial I, Loulé) y Fonte Santa II.

50. J. A. Correa, «Consideraciones sobre las inscripciones tartesias», *Actas del III Colóquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa, 1980), Salamanca, 1985, pp. 377-395.

51. GM XVIII (Vermelhos II, Ameixial), Abóbada I y Monte Novo do Visconde (Casével, Castro Verde).

vez recuerda a *Alburus*, antropónimo documentado en el occidente peninsular<sup>52</sup>. Se podría incluso poner en relación con *GM VI* (Pero Jacques, Aljezur) *-P(o).o.r.a* (fonét. *-bora*), que correspondería a *Albura*<sup>53</sup>.

Por otra parte el final de la inscripción, *T(o).o.r.e*, que puede ser fonéticamente *dore*, «recuerda», v.gr., al gr. δωρέω «donar». Teniendo en cuenta que la inscripción, no siendo funeraria, bien pudiera ser votiva o similar, tal interpretación sería coherente. Pero esto descansa, en último término, en una suposición hasta ahora indemostrable, que estamos ante una lengua indoeuropea, de lo que sin embargo hay indicios inquietantes que hemos señalado en otros lugares<sup>54</sup>.

4. En resumen, las novedades que aporta esta inscripción a nuestros conocimientos actuales son: una fecha bastante aproximada (en concreto, finales del siglo v a.C.), un uso de la escritura no funerario<sup>55</sup>, una ampliación de las secuencias de signos conocidas, un posible antropónimo y un indicio más de un hipotético carácter indoeuropeo de la lengua de estas inscripciones.

52. En Robledillo de Trujillo (Cáceres) y Santa Coloma de Somoza (León).

53. Realmente esta secuencia y las dos últimas «palabras» de la fórmula funeraria es lo que queda de esta inscripción. Hay que advertir además que es posible que entre *o* y *r* (que, por cierto, está trazada con orientación invertida) haya habido una *a*. *Albura* está documentado en Leiria, Almourol, Braga, Varzea do Douro, y *CIL* II 73, inscripción conservada en Beja pero de procedencia desconocida. Para este antropónimo y *Alburus* cf. M. Palomar Lapesa, *La onomástica personal pre-latina de la antigua Lusitania*, Salamanca, 1957; M. L. Albertos Firmat, *La onomástica personal primitiva de Hispania: Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1966; íd., «Nuevos antropónimos hispánicos», *Emerita* 32, 1964, pp. 209-252, y 33, 1965, pp. 109-143; íd., «Nuevos antropónimos hispánicos (2.ª serie)», *Emerita* 40, 1972, pp. 1-29 y 287-318; íd., «La onomástica personal indígena del noroeste peninsular (astures y galaicos)», *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa, 1980), Salamanca, 1985, p. 263.

54. Cf. nota 50, y J. A. Correa, «Nota a la inscripción tartesia *GM II*», *AEA* 54, 1981, pp. 203-209.

55. Tampoco la inscripción de Villamanrique de la Condesa (Sevilla), fechable entre el 621 y 550 a.C., fue hallada en una necrópolis, pero cabe la reserva de que se trata de un hallazgo casual, cf. J. A. Correa «Inscripción tartesia hallada en Villamanrique de la Condesa (Sevilla)», *Habis* 9, 1978, pp. 207-211.